

LA SEMANA ILUSTRADA



10 CÉNTIMOS

NUMERO 100

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—La garza real, por Enrique López Alarcón.

(Léase en las planas 2.^a y 3.^a de este número.)

Ayuntamiento de Madrid

La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III

Madrid, sábado 27 de Marzo de 1909.

Núm. 100.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA

LA GARZA REAL

HISTORIA DE UN "PAIS" DE ABANICO

POR ENRIQUE LÓPEZ ALARCON

I LA LEYENDA

A través de las aguas del lago se animan y ondulan los sedimentos del fondo, brillantes y verdes, tendidos sobre un lecho de estratificaciones cretáceas.

Los árboles circundan la orilla como una legión de peregrinos sedientos, petrificados por la voz embauzadora de la Sirena de las aguas. Hay sauces aristocráticos, afables, cansados; hay una fronda de laureles triunfales; álamos murmuradores vestidos de tisú, y adelfas traidoras, que levantan los brazos incitándonos con los labios rojos de sus flores que brindan la muerte en un beso de amor.

El lago y la alameda, el agua y la umbría, son templo, y son ara, y son tabernáculo. Junto a la orilla, y en las raíces de un laurel recostada, está la ninfa de cabellos de ébano, a la que llaman Baleb. Tiene Baleb los ojos de endrina y refugie en ellos la llama siempre viva de las linternas del deseo. Silabea en su flauta, con gritos y risas de plata y de oro, una querrela de Pau.

Al otro lado del árbol está tendido el gnomo pequeñito, dueño del saber y padre de la riqueza. Está de bruces en el suelo y mira con arrobo el cuerpo blanco de Baleb, la ninfa de cabellos de ébano y ojos de endrina.

Baleb contempla, arrobada, la carrera de un rizo que cruza el lago adornando las aguas como un festón. La flauta cristalina se desliza por el seno turgente de la ninfa, se para un instante, besando las carnes blancas del muslo, y rodando por la arena se hundió, con un suspiro, en las aguas azules del lago.

El ruiseñor, poeta de la copa de los árboles, trino con brío la querrela de Pau. Las hormigas de la tierra discurren por las briznas de armiño, que la barba del gnomo entremezcla con las hierbas del suelo.

—Yo te amo, Baleb—balbuce el gnomo.

Baleb.—¿Oyes el canto del ruiseñor? Con mi flauta contestaré al reclamo del trovador, como alondra enamorada.

El gnomo.—Como alondra que eres, Baleb, y alondra enamorada, ¡yo te amo!

Baleb busca su flauta rastreando las manos por el suelo. Está suspensa la ninfa y tiene la mirada puesta en los aires, como la voz del pájaro cantor. Buscando la flauta palpa y repasa sus manos sobre el musgo y sobre la arena, y mientras el gnomo, con la frente apoyada en la tierra, repite, como si hablara a las flores de los campos:

—Yo te amo, Baleb; yo te amo—. El ruiseñor, poeta de la umbría, ha enmudecido.

Baleb.—Dame mi flauta, gnomo; dámela.

El gnomo.—Te amo más que a mi ciencia, más que a mi poder y más que a mis tesoros.

Baleb.—Dámela. ¿Cómo sa'udaré si no la salida triste de Vespere? ¿Cómo diré a la luna que le envidio sumando de color de violeta? ¡Dí, cómo? Dame mi flauta, dámela.

El gnomo.—Yo no tengo, ninfa hermosa, aquella flauta que tanto amaste. La substancia grosera huyó de tu mano al sentir el calor de tus concupiscencias.

El cristal se hundió en el lago porque era del lago. Luz, música y viento se han sumergido en la linfa de las aguas, porque el agua es la amante del rizo, del vaivén y del fulgor.

Al contacto de tu piel el cristal se hubiera fundido, y en gotas frágiles esmaltaría el verdor de este lugar, como el rocío de la mañana, como el llanto que vierto por tu desdén. Así esmaltaría el verdor de la orilla, como mi llanto, como el rocío.

Yo te haré entrega de mi zampofia, y con ella contestarás, si lo quieres, al ruiseñor que canta en la arboleda, y podrás saludar, si eres gustosa, la salida temprana de Vespere y el oro enervante de la luna. ¡Pero lo haré si me amas, Baleb!

Mi zampofia está tallada en el asta del ciervo veloz. El asta brota con dolor en la frente del cervatillo, y, después, es su adorno y su defensa, y cuando acaricia y juguetea, la hunde con blandura en el vientre de su madre. En mi zampofia está la voz de la cierva herida y el terror del cervatillo acosado.

Te la daré si me amas, Baleb, para que con mi zampofia saludes a Vespere y a la luna y para que contestes al ruiseñor.

Baleb.—¿Tú alcanzaste en su carrera al ciervo de planta voladora? ¿Y le diste muerte y has tallado su asta como un trofeo del botín, para tu solaz y aprovechamiento?

El gnomo.—No alcancé al ciervo en su carrera; pero mi industria lo alcanzó, y mi arte le dió muerte, y mi saber cortó el cuerno en una traza que me da el sonido que quiero escuchar cuando pongo en mis labios la zampofia.

Yo te la ofrezco y te la doy, como te daré mis tesoros, y mi casa, si me das tu amor. Mi pecho, Baleb, está corcovado y sus paredes torcidas y ahuecadas, porque son poderosos los latidos de mi corazón, que se mueve por tí, que brinca cuando te ve y se rompe y se achica al sentir tu desprecio de nieve.

En este punto se oyó un fragor intrépido. Era intrépido este fragor porque estaba en pugilato con la majestad de los paisajes y porque acometía con denuedo al silencio augusto de los campos, y en parte los vencía.

Era un estrépito ensordecedor y un formidable vocerío. Ayes de maldiciones, blasfemias de los creyentes, quebrar de picas y lanzas, silbidos de piedras y flechas, relinchar de caballos, redobles y trompetazos, cajas destempladas en fuerza del ruido y constante golpear, y todo lo que suena y atruena en la batalla.

La ninfa volvió a todas partes los

ojos, temerosos, y abrazada al busto abombado, deforme y pequeño, del gnomo, se pegó a él, trémula de terror.

El gnomo la acarició con sus manos y, con palabras tiernas y otras fuertes palabras, quiso devolverle la tranquilidad.

El gnomo.—Desde la cumbre de la montaña Bermeja contemplaremos el odio y el ahínco de muerte que tienen los hombres entre sí. Mirarás cara a cara la causa de tu temor, y allí, al pie de la encina solitaria, airón de aquella cima, está la puerta de mi casa, donde te guardaré de la vista sacrilega de los humanos.

Dijo esto el gnomo, y luego, por la senda tortuosa de la montaña Bermeja, subieron ambos a la cumbre. Llegados allí, y puestos bajo el dosel

de la encina, contemplaron, dolorido, el lugar del combate. Todo el campo era de muerte y todo el aire fué lleno de odio. Sobre el odio y la muerte revoloteaban las aves del dolor y de la soledad. El gnomo está sentado en la más alta peña del monte Bermejo. Levanta a veces la cabeza persiguiendo los combates con la mirada vaga y tranquila. Baleb peina y riza con sus manos la barba de nieve, y, apartándolas en guedejas como vellocinos, la roza con su cara y con sus hombros, en el gesto pueril de una lascivia enloquecedora.

Los dos bandos luchadores no se dan reposo en la matanza, ni cesan un punto en el designio de aniquilar a su contrario. Sonaba y resonaba por todo el valle el fragor horrísono

del combate. Cajas y trompetas transmitían los mandos proferidos con saña y ordenados con imperio.

De repente, la caballería blanca soltó la rienda a sus caballos y cayó, como una granizada, sobre los peones del otro bando. Destruído ese dique, los jinetes inundaron la campiña y ocuparon las laderas de las montañas.

El gnomo palideció, y puso la cabeza de la ninfa entre sus brazos protectores. Los vencidos dieron voces de pánico y los vencedores silaban como lobos entre el rebafío temeroso y desordenado.

Abrió el gnomo con su mano la corteza de la encina solitaria de la cumbre del monte Bermejo, y entraron a su refugio la ninfa de ojos de endrina y el gnomo, padre del saber, que tanto la amaba.

*

Yo no sé cuanto tiempo pasó, solo sé que fué mucho: años, siglos, una era tal vez.

Al salir a la luz la ninfa y el gnomo, deslumbraba Baleb con el resplandor de sus joyas. Gargantillas, brazaletes y toda clase de adornos y preseas lucía en su cuerpo blanco. Tenía en su mano una zampofia y ya no brillaba en el mirar de sus ojos de endrina la luz refulgente de las linternas del deseo. Baleb y su amigo contemplan los campos desde la cumbre del Monte Bermejo.

Una pareja de lebreles esbeltos, delgados y finos corrían ladrando por la cumbre. El gnomo y la ninfa retrocedieron sorprendidos; los perros olfateaban, encogían una mano, adelantaban las orejas y movían nerviosamente la cola.

Un tropel de ojeadores subió por la vertiente de la montaña.

Llovieron sobre el gnomo y la ninfa más dardos que trojas tiene la encina solitaria, airón de aquella cima y los lebreles nerviosos ladraron con furia y los cazadores gritaron con intensa alegría.

Aquella noche entró en la ciudad, que está al otro lado de los montes azules, un halconero famoso llevando el botín deslumbrador y envidiable de una garza real y uno de esos pájaros rojos, cantores de la umbría, que son llamados «cardenales».

Fué sorpresa de los naturalistas. Ellos siempre habían sostenido que no se criaban aves de esta especie en toda la comarca cercana a la ciudad.

II

LA TRADICION

Hacia ya mucho tiempo que los castellanos conquistadores habían puesto su planta en Sierra Morena, donde están todavía. Rotos los almohades no había reposo, claro está, para los guerreros cristianos. El castillo de Antequera, avanzada de los de acá, era una amenaza y un azote. Era una cufia clavada en el corazón de los infieles, que los ha-





bía de matar y los mató, porque era una cuña.

Los nobles que hacían ondear sus enseñas en el homenaje de los castillos fronteros, tenían entre sí emulación y andaban en pugilato.

Los Zúñigas eran tenaces, heroicos.

Pero los Ponce de León fueron temerarios hasta después de la muerte. Un Zafra galopó una hora entera sobre cuerpos de moros muertos por las mesnadas de su estandarte, y un Pulgar señaló con un dedo de mitología la sombra de los titanes de la audacia.

El linaje de Centáreo latía en el pecho de un conde anciano, venerable. El viejo león escuchaba el relato de las proezas de sus primos con una sonrisa reposada, triste y paternal.

Llegó la primavera. Con los días tibios arribaban al castillo de Centáreo, emisarios impenetrables y embajadores silenciosos.

Transcurrieron los días largos de la meditación y las vigilijs breves para los importantes consejos. En la primera noche del novilunio, obscura y tenebrosa, brotó el puente de los fosos una inundación de hombres y de caballos.

Puestos en marcha los infantes, corrieron los jinetes á rienda suelta y á la desbandada por los flancos de aquel ejército.

A la media noche habrían de estar los caballos reparados de fuerzas y repuestos ya del cansancio; tomar allí cada jinete un jinete sobre la grupa de su bridón y entrar á escape por la tierra enemiga y llegar de ella á un lugar convenido. En ese lugar habría un rey de armas, un capitán y los alféreces que eran necesarios para transmitir las órdenes hasta entonces ocultas.

Era que el viejo león del castillo había sentido crecer á borbotones el valor dentro de su cuerpo y sacudió su melena de plata sobre el amplio collarín de su dalmática bordada.

El lema de Centáreo «Siempre triunfador» no podía ser oscurecido por Zúñigas, ni por Zafras. Los Pérez de Guzmán, como Centáreo; más que Centáreo, ni los mismos

Díaz de Vivar.

A la media noche estuvieron los caballos reposados, y ágiles y fuertes otra vez, llegaron los infantes y cada uno de ellos se puso á la espalda de un jinete sobre la espalda de un caballo.

Los mil tares mantenían un silencio más hondo aun y más profundo que el silencio de los campos. A través de él se oía tenuemente la voz firme del conde que hablaba de sus designios á las gentes de su condado.

«Todos vosotros—gritaba el conde de pie en los estribos de la montura—lleváis esculpido en vuestro arnés el lema de Centáreo «Siempre triunfador». Diez condes de mi casa y de mi abolengo os están mirando desde sus panteones; cien doncellas de la sangre de Centáreo tejen para vosotros las guirnaldas de la victoria ó las coronas del martirio. Si alguno volviere la espalda ante las fuerzas del enemigo, morirá con baldón sobre la tierra de mi señorío.

Cifre mi hijo á la cintura el mandoble del primer Centáreo, que mandó un ala en Atapuerca, y enristrará la lanza de otro Centáreo que mandó milicia en Aljubarrota. Vuestro conde está con vosotros y os jura que ha de entintar en sangre hasta el codo de su brazo. Mesnaderos, sois Centáreo. Centáreo va en vosotros y Centáreo es «Siempre triunfador».

El capitán y los alféreces que sabían el camino se perdieron entre las filas de soldados. El conde puso á escape su caballo. El séquito de tropas, que toda era caballería, galopó acompasadamente por la tierra enemiga de su conde, en busca de laureles triunfales que habían de ser cortados en una fronda conocida y lejana.

En medio de la carrera con que los hombres enardecidos buscaban la fama del valor y el placer de la muerte, los soldados levantaban la vista á los cielos. Desde el final de la arenga volaba sobre la cabeza blanca, tocada de un resistente velmo, del conde de Centáreo, un

ave clara mayor que las más grandes palomas de las que en el castillo había. Era como un lambrequín airoso que fuera por los aires, dando arrogancias al viento y artes de prestigio y victoria al caudillo de los invasores.

Iba galopando el conde, seguido de los suyos. Corría y trasapaba la alta cumbre y trasponía luego al llano con la celeridad con que se nos viene la muerte. El ave volaba sobre la cabeza del guerrero y daba sombra á todo el caballo y luego se proyectaba solo como una veladura de la vista, siempre serena, del viejo león. Galopaba el caballo y el ave lo seguía fascinada por la descomunal empresa acometida con brío por un anciano, que conocía el miedo y amaba el peligro.

A lo lejos brillaban unas luces pequeñas, fijas, inmóviles. Primero se vió un punto brillante; luego dos, tres luces. Después, las luces se alineaban, aparecían más. Las tropas corrían veloces, como flechas disparadas por un ejército de sagitarios. Y el ave enamorada del conde, lo perseguía, sin apartarse de él.

La mole negra de una ciudad en sueños surgió en el horizonte, las luces se multiplicaron y la tropa detuvo súbitamente la carrera de sus bridades.

Los caballos, rendidos al cansan-

jadeaban cubiertos de espumas más blancas que la nieve. El ave levantó el vuelo cerniéndose sobre los soldados, fuera del tiro de ballesta.

Los alféreces escogidos, el capitán y el rey de armas de los hombres de Centáreo rodeaban al conde. Puestas las lanzas en la caja, se nos aparecían aquellos jefes como un oasis. El ave presagio extendida las alas, se mantenía inmóvil en la altura, como si defendiera el oasis de lanzas contra un castigo del cielo.

Puestas en cumplimiento las órdenes del caudillo, la tropa se abrió en dos alas, y anduvo, en dos alas partidas, para rodear la ciudad.

Entonces se vió que el recinto del pueblo estaba reciamente murado, y que en las altas plataformas de las torres del muro había centinelas dormidos sobre las armas.

Los sitiadores pensaron entonces en el poder de la sorpresa y en el terror que produce el estrépito. Chocaron las armas con los escudos, vibró un redoble y soplaron las bocas dentro en las trompetas de agrio sonido.

Lanzáronse al asalto los escuderos. Un escuadrón de jinetes, con el acicate clavado tras de la cincha, puesta la lanza en el ristre, la mano que empuñaba la rienda alzada hasta muy cerca de la cara del caballe-

ro, lanzáronse con denuedo á salvar el foso de un solo salto.

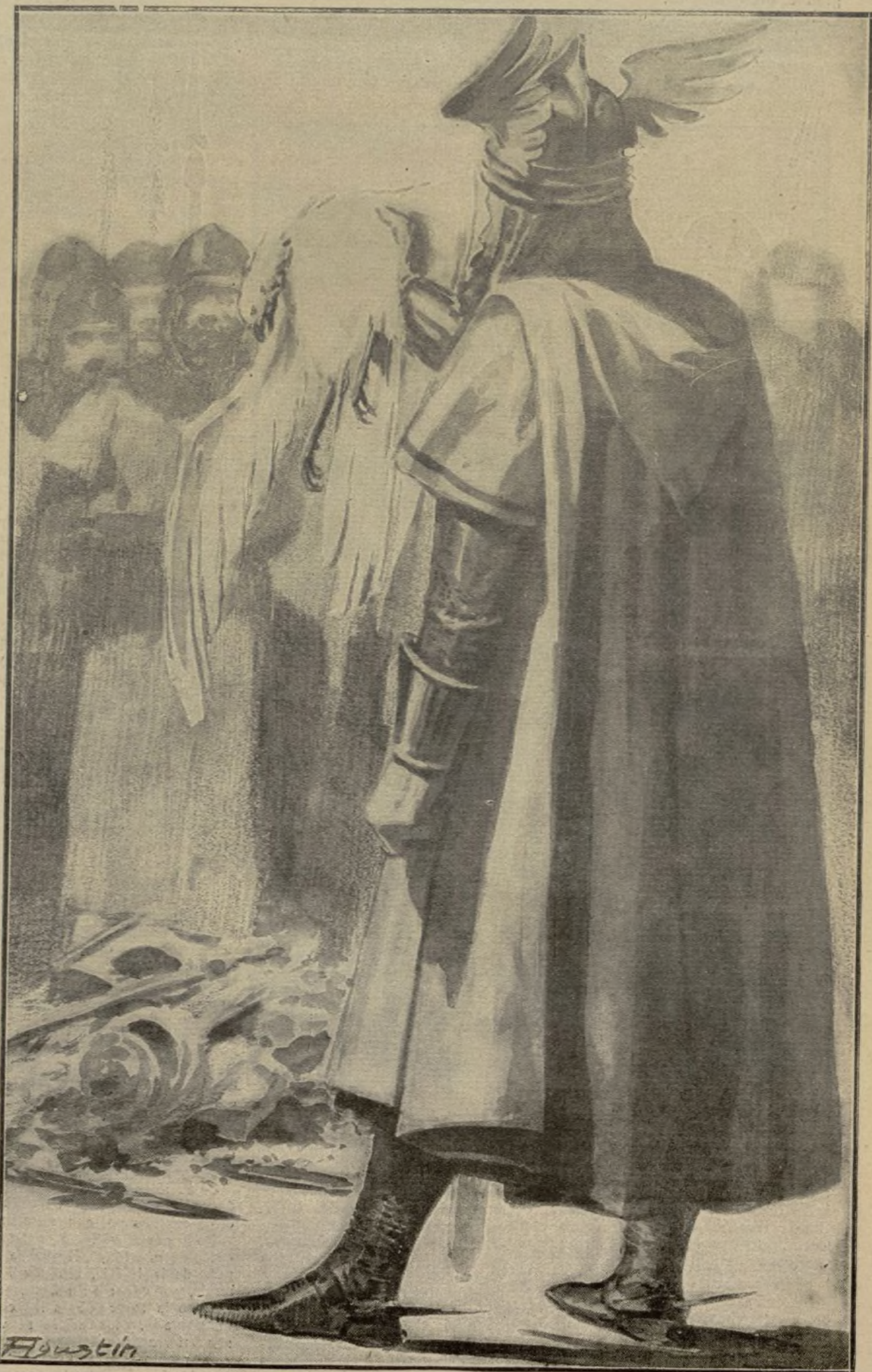
El hijo del conde, quebrada la lanza de Aljubarrota y hecho trozos el mandoble del primer Centáreo, entró á caballo por la brecha del muro. El viejo león, destocado en la contienda por un proyectil de la ciudad, entró, en triunfo, por la puerta que mira á Occidente.

Los habitantes de aquel pueblo, las mujeres y los niños que había en la ciudad, fueron pasados á cuchillo. El conde y su hijo estaban jadeantes, como los caballos, al detenerse ante la ciudad.

Después de la degollación y el exterminio vino el saqueo. La mesnada de Centáreo que no fué reo de felonía en el campo del combate, amontonó el botín en medio de la plaza para examinarlo y repartirlo en porciones, como es la costumbre caballeresca de los que se apoderaban de los pueblos.

De lo alto de los aires se apareció volando de balina una garza real de gran tamaño y mucha hermosura. Vino al suelo, y apoyada en una de sus alas, levantó el pico como si quisiera hablar ó besar al conde de Centáreo.

Cayó como si estuviese muerta y fué alzada de la tierra y examinado su cuerpo con prolijidad. Heridas no presentaba, ni lesión alguna; sobre



un lado del pecho tenía una mancha roja, no de sangre, sino de un plumón suave y sedoso, como el plumaje de esos pájaros que son llamados «cardenales».

Pasó aquel pueblo al dominio del conde de Centáreo.

Estaba la campiña de él cubierta de olivos de hojas plateadas y cardenales frutos, y la ciudad y su contorno se llamó desde entonces Oliveras. El conde recabó á su tiempo el título y la dignidad de marqués, señor de marca y castillo frontero. Por eso el nuevo dominio se volvió á llamar Oliveras del Marqués, para diferenciarla así de toda otra Oliveras conocida.

Se extendió para el marquesado carta puebla con fuero. El blasón de aquel señorío era una garza real de plata en un campo de gules, con un lema que decía: «Los cielos por mí combaten, por mi casa y por mi parte.»

Unos frailes sabios y predicadores, que eran amigos del marqués de Oliveras, escribieron con fervor religioso la historia de la caída de la garza sobre el botín y el hecho notable de que señalase con sus pies á la persona del noble campeón y muriese luego sin ninguna herida ni lesión alguna.

Fué este hecho tenido en olor de prodigioso por el arcipreste de una colegiata que fundó el marqués, con grandes preeminencias.

El mismo arcipreste desenterró de la plaza donde se había partido el botín una imagen de nuestra madre la Virgen María.

En procesión solemne fué trasla-

En los corrillos que se formaron alrededor de las hogueras, propias de aquella noche, circularon las primeras noticias de su aparición. En los campos, llenos de fruto, había un animal, una plaga, un demonio. Algo que es la ruina del Marquesado de Oliveras.

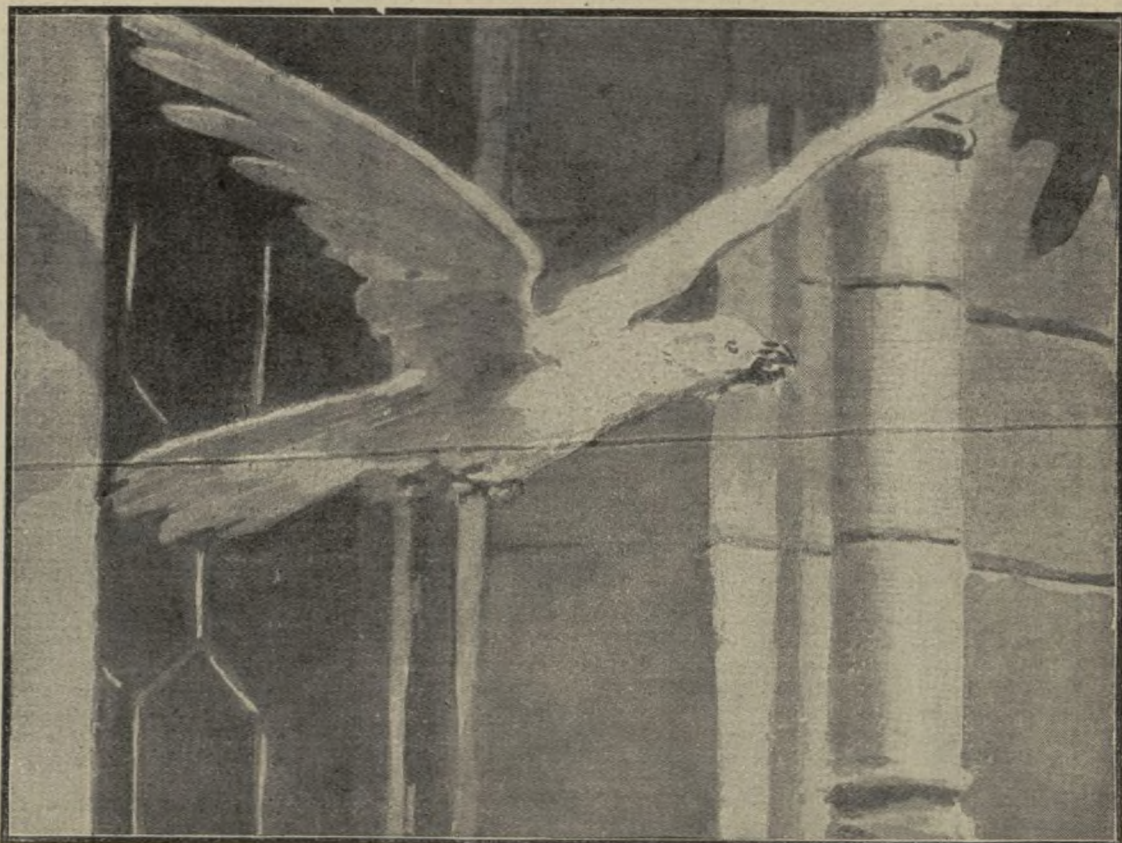
Ninguno sabe qué forma y aspecto peculiar tiene aquel castigo. Ni cuándo viene ni cómo se va.

Las mujeres del pueblo mantenían que no, los hombres afirmaban que sí; el médico estaba, como siempre, del lado de las hembras, y el cura echaba todo el peso de la teología y hasta los sacramentos en el platillo de los hombres. Pero se convino á la postre de que el monstruo de Oliveras es un monstruo nunca visto ni anunciado por las profecías.

La plaga era formidable, avasalladora; pero como el cura no lo había visto, sin la inspección ocular del padre de las almas oliverenses, sin que el presbítero apreciara por sí mismo la catadura diabólica y el indudable origen infernal de aquel castigo, no se han de autorizar rogativas, ni se ha de requerir la estola y tirar del hisopo, para administrar á las cosechas esquilmadas y las plantas muertas una buena dosis de asperges y de exorcismos.

En estos dimes y diretes fueron pasando los días tristes, cada vez más, desolados, apocalípticos.

Los hombres de Oliveras discurren por las calles de su pueblo decaídos y apocados, y las mujeres cuchichean á la puerta de la casa, cubriendo con rojos zagalejos sus carnes amarillentas y flojas.



que desapareció sin dejar huella.

El martes, bien temprano, una gitana que malvivía en Oliveras de sus magias y engaños, traspu so con panta ve oz los picos de la sierra. Vinieron días de llanto y consternación. Perdidos los frutos del Verano, se agostaron en flor las esperanzas puestas en el Otoño próximo, y se temió al Invierno porque había de venir con hambre y desnudez.

Un hombre humilde tuvo una idea y la predicó en la plaza pública. Halló discípulos, y los oliverenses, desolados, fueron persuadidos por la palabra sencilla del predicador.

Se unieron los hombres del lugar en son de exterminio, y, como en los tiempos antiguos, antes de resolver en definitiva, deliberaron: en consejo, los ancianos; los conspicuos, en cónclave, y todos, por último, en plebiscito. Se organizó la cruzada, y, por fin, tras penalidades y fatigas, silenciosas emboscadas y destacamentos tumultuosos, despareció la fiera ó, al menos, se retiró á lugar apartado, tal vez para dormir el letargo infernal, la víspera de la Virgen de Diciembre. Aque la advocación de María Inmaculada fué, desde entonces, salvaguardia y patrona de la aldea.

Los regocijos fueron delirantes, se olvidaron los enconos y cesaron las rencillas entre los aldeanos, y el pueblo acompañó con sonos de panderos sus canciones de ronda.

La postrera luna del año puso nubes macizas y grises en el horizonte, y frío ingrato en el ambiente. Al anochecer, los habitantes del pueblo dieron tregua al contento general para reunirse en la mesa de familia, y se dividieron en fiestas de hogar. Las calles desiertas y solos los campos, que recibían el agua menuda, fría, pertinaz, como un lanto de las alturas derramado por la triste suerte y desventura de todo aquel país.

Cesó la lluvia, se partieron las nubes en dos bandadas y comenzaron á tirotearse con rayos y centellas. El río comenzó á crecer, con humos de torrente. Bajó un chispazo del cielo y hundi6 la cúspide de una montaña.

Los montes, furiosos con el latigazo recibido por ellos en la faz, á la faz del mundo sacudieron nerviosamente sus sobrevestas de terciopelo pardo. Se oyó un rumor apocalíptico, rodaban los bancales por la vertiente abajo, y, desnudos de tierra, mostraron las montañas sus armazones de granito.

Se abrió en mil grietas la campiña de la rivera y danzaba cada pedr6 á contracopar con su vecino.

Rodó por el valle la corona roquiza de montañas. Repicó la campana de la Iglesia, sin impulso de nadie, y al callar su rebato, se derrumbó la torre sobre las casitas del poblado, y las casitas se vinieron á tierra con estrépito.

Descoyuntada la hosamenta del cerrajón lanzó contra los escombros

del pueblo: los melancólicos pinos de su cumbre y los riscos, que fueron su ornato y su riqueza, para acallar el clamor espantoso que alzaban los oliverenses en trance de perecer.

Guadalupe disparó sus montañas contra el río; creció el nivel de las aguas que inundaron inmensas toda la extensión de la simple vista.

El agua fué encubridora del delito, sudario de los montes y de los campos muertos y losa sepulcral y epitafio de espumas de la zanja en que yace Oliveras del Marqués.

De entre las ruinas de la iglesia, por una ventana que estuvo tapizada de una vidriera policroma, salió volando con raudos volar la garza de oro que vivió sobre la diadema de Nuestra Señora. Cruzó como una flecha los aires en demanda de aquel otro alto de la sierra que se alzaba sobre las aguas de la inundación que sobre el pueblo formaba un mar revuelto y proceloso.

A medio camino detuvo su vuelo como herida del rayo, como fascinada por el drag6n de la muerte que entre las aguas se retorcia. Trazó una espiral hasta la linfa del río y se sumergió luego entre las ondas que se cerraron amorosas sobre sus plumas.

Así fué destruido, en el día de la Natividad de Nuestro Señor, Oliveras del Marqués, pueblecito que fué, y era muy pintoresco, y lindaba con Oliveras del Duque allá en las abruptas estribaciones de la Sierra Velada.

Lector, para tu solaz, he puesto las penas mías en mi garganta y he llevado mis amores á la ciencia de mis manos.

Temblosos mis dedos han recorrido al mastil y mi mano ha arrancado dulces arpegios del corazón de mi guitarra al herir sus cuerdas que sollozaban de alegría.

He dicho la leyenda de oro y de sangre, que es la vida de un país de fuerza y de amores. Si con ello no has hallado divertimento, triste me recuérre en la soledad de los campos y me habré de envolver en la melancolía de los crepúsculos. Volveré las penas al pecho que me las dió y mis amores guardaré para siempre en mi alma.

Yo deploro, lector, que la historia verídica que te referí sea toda ella de asolamiento y desgracias. En el país de que hablé no reina la alegría ni tiene su asiento la risa y la jovialidad. Vive en la zozobra y en el peligro, y el hado lo aguarda en la encrucijada, y al pasar le clava el dardo del infortunio.

Si no la vida de mi pueblo, la mente de los poetas ha inventado otras canciones y romances de más gusto y más agradable sabor. Cuando me lo demandes, lector, te los contaré.

Y, por fin, si no amas estas duras historias de las tierras del Mediodía, busca en sus vinos violentos el consuelo de tus dolores, y en el amor de sus mujeres, las penas desconso-ladas y los placeres sabrosos.

¡Adiós...



dada á un altar de la iglesia. Púsosele á la escultura un ave de oro volando sobre la diadema que lucen estos santos. Ave y diadema, que regaló el ilustre Centáreo, y la imagen y la capilla, fueron llamados en todo el país Nuestra Señora de la Garza, patrona y custodio de la ciudad y sus dominios, del Marqués de Oliveras y de Oliveras del Marqués.

III

EL PROGRESO

Desde la fiesta de San Juan no se hablaba de otra cosa en Oliveras sino de la ruina del pueblo.

El terror puso en la faz de los oliverenses un tinte blancuzco, y en el ambiente de Oliveras una luz lívida desoladora.

Con los primeros chubascos creció la hierba en las calles de la aldea. Las noches fueron negras y duras, y los días no eran, como antes, dulces y alegres. Los enamorados huyeron de sus rejas confidentes y los mocitos desertaron de las rondallas.

Tal como el domingo hubo procesión y rogativas. Al volver el pueblo á su ser natural, luego de las preces, faltaba un niño de seis años



ENRIQUE LOPEZ ALARCON.

HABLADO.

DOLORES.—Pa mí que é usté Domingo de cuaresma y ha como bacalao.

DOMINGO.—¡La sá der mundo!

DOLORES.—¡Po eso también da sé. (Entra en la trastienda.)

DOMINGO.—¡Vaya un modo de andá! ¡Amordao á los pasito de usté, tengo yo los gorpesito der corasón!... ¡Cuando yo le digo á usté que e usté buenal!... Tié usté sus cosa, como toas las mujere; pero se deja usté convensé. Nosotros vamo hasé mu gñeña miga.

DOLORES.—(Cantando dentro.)

Si te pide agua un moso,
dile que none;
que se enfrían con agua
los corasone.

DOMINGO.—Er mío no se enfría, aunque me echan de cabeza al río; ¿sabe usté, Dolorsita?

DOLORES.—(Volviendo á salir con un vaso de agua, que deja sobre el mostrador.) Ea; beba usté, hijo mío.

DOMINGO.—(Con el vaso en la mano.) ¡Hijo tuyol!... ¡E usté mu chica pa sé mi madre!... Mi mujé, ya e otra cosa.

DOLORES.—Como deje usté tanto así, se lo echo por sima.

DOMINGO.—Güeno; y ahora haga usté er favó de no haserme ref, que yo soy mu nervioso, y el agua que sale por la narí no aprovecha.

DOLORES.—(Como si se le hubiera olvidado algo.) ¡Ay!

DOMINGO.—¿Qué pasa, niña?

DOLORES.—¡Que se me ha orvidao echarle una caja de fósforo y no tenía otra cosa en la cabeza!

DOMINGO.—(Dejando el vaso.) ¡Infame!... ¿Pensaba asesiná á tu Domingo?

DOLORES.—Y á toa la semana, si fuera como usté.

DOMINGO.—Po ya no estoy tranquilo; ahora tié usté que bebé ante.

DOLORES.—¿No le digo á usté que se me ha orvidao?

DOMINGO.—Po beba usté pa convenserme.

Escena XXII

DICHOS y SALVADOR

SALVADOR.—(Sale foro izquierda y avanza al proscenio, muy pensativo.) Er marío, rajao así; (A lo largo.) la mujé, rajá así; (A lo ancho.) y yo, así, (Haciéndose una cruz.) dentro de cinco minuto, por que no pasan cinco minuto ante de que yo le diga ar criminá ese, to lo que un hombre honrao pué desile á un asesino de esa artura. (Se pone á mirar por la puerta izquierda del estanco.)

DOLORES.—Güeno, traiga usté. (Coge el vaso y bebe un poco, devolviéndose.) ¿Está usté conven-

DOMINGO.—Me estoy convensiendo de que hemos nasío el uno pa el otro.

SALVADOR.—(Mirando con horror al interior del estanco.) Ahí está ese antrompófago. ¡Y Dolorsita, inosente der peligro! (Hace varios intentos de entrar, pero se contiene.)

DOMINGO.—(Después de beber.) Está el agua salá. ¡Como que ha bebío usté antel!... (Bebe.) Está...

DOLORES.—Está usté pesao der to.

DOMINGO.—Está el agua...

DOLORES.—Mu fresca; y acate usté ya, que parese que bebe usté á sorbo, pa quitarse el hipo.

DOMINGO.—Lo que usté mande. (Bebe.)

SALVADOR.—(Decidiéndose.) Adentro; que un hombre que mata á traisión, á traisión hay que coerlo. (Entra de pronto y sujeta á Domingo los brazos por detrás; éste, con el susto, echa agua hasta por los oídos. Forcejeando avanzan hasta el proscenio; Dolores sale del mostrador y avanza también, asustada.) ¡Se acabó er matá gente inosente!

DOLORES.—¡Sarvadó!

DOMINGO.—¿Usté quién é?

SALVADOR.—Un hombre desidío.

DOMINGO.—Desidío, ¿á qué?

SALVADOR.—Desidío á que no ande suerto por el mundo un lobo carnisero. (A Dolores.) ¿Sabe tú quién e este hombre? ¿Sabe tú con quién ha estao hablando mano á mano y bebiendo... vaso á vaso?... Con un criminá escapao de presidio!... ¡Con er «Veneno»!

DOMINGO.—(Soltando la carcajada.) ¡Ah! ¿Conque usté se ha creío?...

SALVADOR.—Silensio. ¿Es usté capá de reirse?... ¿Pero no tié consensia?

DOLORES.—¡Sarvadó, usté está loco!

SALVADOR.—Yo lo sujeto; avisa tú á la Guardia sivi, Dolorsita.

DOMINGO.—¿Y á qué se va á tomá la niña esa molestia? ¿Quié usté hasé er favó de oírme?

SALVADOR.—Habla, asesino.

DOMINGO.—(Riéndose.) Po suérteme usté.

SALVADOR.—(Apretando más.) ¡Dese uía!... ¿Eso era lo que tenía que d-si?

DOMINGO.—No, señó; ¿usté viene de hablá con Burlaero?

SALVADOR.—Sí.

DOMINGO.—Po ya pué usté dir sortando, porque to ha sío una comedia.

SALVADOR.—(Sin saber qué hacer.) Dolorsita, ¿lo suerto?

DOLORES.—Sí, señó.

SALVADOR.—(Lo suelta, no del todo.) ¿Y si la comedia es ahora? (Apretando otra vez.)

DOMINGO.—Po téngame usté agarrao hasta que le dé la gana.

SALVADOR.—Po cuente usté qué ha sío esto.

DOMINGO.—Ahora pregunto yo: ¿con qué derecho me pregunta usté á mí?

DOLORES.—Sarvadó pué pregunta to eso y mu cho má

BURLAERO.—Mi coleta.

DOLORES.—Güeno; y á mí, ¿pa qué me la trae usté?

BURLAERO.—Dolorsita; ¿quié usté que hablemo en serio?

DOLORES.—No, señó.

BURLAERO.—Po de guasa no sé yo desí las cosa que salen der corasón.

BURLAERO.—(Decidiéndose á tomarla.) Con Dió. (Sale por la puerta izquierda.)

DOLORES.—Vaya usté con ió.

BURLAERO.—(Ya en la calle de la izquierda.) Yo no habré quedao mu bien, pero er que ha quedao ma der-tó, ha sío Sarvadó... Sarvadó y la madre. (Queda pensativo sin saber qué partido tomar.)



ESCENA XX.—DOLORES (STA. PALOU), DOMINGO (R. PUFART), BURLAERO (R. MIHURA) LVAREZ) Y SALVADOR (SR. MONCAYO)

(Fotografía Alfonso.)

Escena XX

DOLORES.—Po entonse, ya se pué usté di largando. BURLAERO.—(Tratando de convencerla.) ¡Que se arregle esto, Dolorsita!

DOLORES.—(Levantándose.) Pero si está arreglao; señó: usté ganando aplauso por esos burlaero, y yo, en mi estanco, despachando los pu o que luego le tiran á usté en la plaza y se acabó; y no dirá usté que no lo he escuchao con pasiencia. (Vuelve á sentarse, volviendo un poco la espalda.)

BURLAERO.—Usté lo pensará mejó.

DOLORES.—Se hará lo que se puea.

BURLAERO.—¿Pero é que ese corasónito está ocupao?

DOLORES.—No, señó; pero le he puesto un marmoliyo como á las caye estrecha pa que no pasen ná que las persona.

BURLAERO.—Me voy. ¡No pensaba yo salí de este estanco como sargo!

DOLORES.—Sin comprá ná.

BURLAERO.—Y con el arma destrosá. (Va hacia la izquierda y vuelve de pronto.) Si le dis:n á usté arguna vé...

DOLORES.—(Como si le hubieran preguntado por la coleta, entregándola.) Sí señó; aquí la tiene usté.

DOLORES y DOMINGO, que entra por la puerta del foro, en el estanco. BURLAERO y SALVADOR que á su tiempo atraviesa la calle del foro de derecha á izquierda, fuera.

DOMINGO.—(Asomándose.) Ya he visto salí la visita; ¿se pué entrá?

DOLORES.—Pruebe usté á vé.

DOMINGO.—(Entrando.) Me ha querío pare: é una mijiya interesante la entreviste

DOLORES.—Sí, señó.

DOMINGO.—Y mijiya larga.

DOLORES.—Demasiao.

DOMINGO.—Y una mijiya misteriosa y una mijiya antipático er tipo. ¡Uv, me se escapó; usté dispense Dolorsita!

DOLORES.—Usté es er que está una mijiya pesao. Continúan una conversación muy animada.

SALVADOR.—(Saliendo en la forma inditada y parándose al verle.) ¡Ah!... ¿Está tú ahí, Burlaero?

BURLAERO.—Sí señó. (Avanza al proscenio.)

SALVADOR.—¿Se efectuó la entrevista?

BURLAERO.—Sí, señor.
 SALVADOR.—¿Y qué tá?
 BURLAERO.—Na, que si se ha compraó usté er traje pa la boda ya pué usté dirle echando arcanfó.
 SALVADOR.—Pero ¿qué ha pasao?
 BURLAERO.—¿Se acuerda usté que dije que iba á desirle cuatro cosita bien dicha?
 SALVADOR.—Sí.
 BURLAERO.—Po no he podío desirle má que dó y media; á la otra media empesó la niña de pitorreo.
 SALVADOR.—¿Como que tié la chiquiya la grasia?
 BURLAERO.—Dió!... Vamó que te tomó er pelo.

BURLAERO.—(*Sacando la coleta.*) Er pelo é lo que no me ha querío tomá.

* SALVADOR.—Burlaero; dám:la por tú salú, que ya he visto er negocio; la deajo emporvá en la tienda y ar primé inglé que se arrime, se la vendo por la de Cúchare.

BURLAERO.—Esta reliquia é pa mi madre.

SALVADOR.—Entonse, güeno. Pero cuéntame: ¿qué ha susedío?

BURLAERO.—Verá usté; yo entré desidío á tó, me arteró ar prinsípio, er vé un galán de pa'lque con eya; er se fué y yo empesé un parrafito durse con el intento de tocarle er corasón.

SALVADOR.—¿Tocarle er corasón?... ¡Tú ere atró, Burlaero! ¡Pocas cosa hay que tocá, antes de yegá ar corasón!

BURLAERO.—Pero esa niña, te drá presensia, tendrá labia, tendrá tó lo que usté quiera; lo que é corasón... ¡Sarvadó, usté no conose á su entend. Esa n'ña, no tié pa mí más que insurto y despresio, ¡mardita sea ia mál...

SALVADOR.—¡Insurto y despresio!... No te siegue, Burlaero; oye lo que te digo. E a niña, sufre por tí en silencio.

BURLAERO.—¿Qué dise usté, Sarvadó?

SALVADOR.—Lo que tú oye. Güerve luego y como si no te hubiá dicho ná... Sin mentarme á mí, ¿te enteras?... Y te pasas por mi tienda que ayí estoy yo. (*Vase foro izquierda; Burlaero, le acompaña hasta la esquina.*)

Escena XXI

DICHOS menos SALVADOR

DOLORES.—(*A Domingo.*) Usté no tié por qué meterse en eso.

BURLAERO.—(*Que se ha quedado pensativo.*) ¡No hay ná tan perjudiciá, como no sabé uno apr. siá su méito.

DOMINGO.—He dicho que á se lo espanto yo.

DOLORES.—Pero...

DOMINGO.—Y va á sé ahora mismo. No se apure usté, que no yegará la sangre ar río. Hasta ahora. (*Salé por la puerta de la izquierda, á cuyo tiempo avanza Burlaero para volver á entrar, encontrándose en el centro de la calle.*) Eh, amigo. (*Dolores, después*

de unos momentos de intranquilidad visible, vuelve á ponerse á trabajar en las tarjetas postales.)

BURLAERO.—¿Qué deseaba usté?

DOMINGO.—¿E usté der barrio por casualidá?

BURLAERO.—Sí, señor; der barrio soy.

DOMINGO.—Po usté me dispensará, que sin tené er gusto conoserlo, le pida un favó.

BURLAERO.—Usté dirá.

DOMINGO.—Po se trata de que me ha gustao la má una niña de este barrio y yo quería que usté me diera sus informe.

BURLAERO.—Hombre, si yo la conosco...

DOMINGO.—Sí señor, que la conose usté. Y hagase usté cargo. Yega un foras'ero, se tropiesa uno con esa mujé y hombre al agua. ¡Y cuidao que la mujé que á mí me haga eferto!... Por que yo estoy acostumbrao. En Seuta, hay güenas mujere. (*Burlaero le mira cada vez más escamado.*) Ayí, en Seuta, si lo dejan á usté salí por casualidá, no sabe cuando gorvé á casa. ¡Si una buena, otra mejól!... Es cosa sabía, pa mujere, Seuta.

BURLAERO.—¿E usté seutense?

DOMINGO.—No, señor; soy de aquí. Pero he estao una temporaiya,

BURLAERO.—¿Mucho tiempo?

DOMINGO.—¿Se acuerda usté der crimen de la caye lo Arcésare?

BURLAERO.—No, señor.

DOMINGO.—¡Hombre no tié usté más remedio, fué muy sonao! ¿Se acuerda usté de aquer matrimonio que amanesió muerto una mañana, (*Señalando en Burlaero.*) er marío rajao así; (*A lo largo.*) y la mujé rajá así; (*A lo ancho.*) que er marío tenía la cabeza machacá y una puñalá aquí; (*En la yugular.*) y la mujé con los ojo sartao v una puñalá aquí? (*El corazón.*)

BURLAERO.—(*Horrorizado.*) ¡Qué barbaridá!

DOMINGO.—¡Eh!

BURLAERO.—¡Que... vaya una memoria!

DOMINGO.—Güeno; po á los tres mese justo salía yo pa Seuta. Yo pensaba estarme ayí treinta año y un día; pero güeno soy yo pa estarme mucho tiempo parao en er mismo sitio. Un día desidí largarme pa España. ¡La tierra tira mucho! Se lo dije á un amigo mío;—amistá de ayí—un pobre muchacho má cariñoso que la má. Estaba ayí, porque ar gorvé der viaje de novio, traía á la mujé y á la suegra en un baú, hecha cachito. (*El miedo, que ya ha invadido á Burlaero, crece por momentos.*) Nos pusimo de acuerdo pa venirno junto, y á la mañana siguiente amañesieron degoyao un seladó y tres sentinela. Nosotros no enteramo de eso en Gibratá; y en Gibratá vendimo unos mause y unas cartucheras.

BURLAERO.—¿Y habiendo tan güenas mujere en Seuta como é que se ha venío usté á enamorá de Dolorsita?

DOMINGO.—¡Ah! ¿Sabe usté de quien se trata?

BURLAERO.—(*¡Josú!*) Como le vi á usté endenante con eya...

Escena XXII.

DOLORES y DOMINGO

DOMINGO.—(*Entrando en el estanco.*) Ya está to arreglao; ese hombre, antes de miraria á usté á la cara, é capé de sartarse los ojo.

DOLORES.—Po cuente usté con agradecimiento.

DOMINGO.—Y sabe usté que con er ratiyo de selo que he pasao, tengo la boca amarga. ¡Ahora sí que me hase farta un vasito de agual

MÚSICA.

DOMINGO. Aquí me queman tus ojo y er só me quema en la caye; dame un vasito de agua si no quiere que me abrase. Dame un vasito por Dió, que aquí me queman tus ojo v en la caye abraza er só.

DOLORES. Eto é un estanco, no é ningún café. Puéo darle sigarro, fóforo y seyo.

DOMINGO. Po no me resurta; yo quiero bebé.

DOLORES. Po no hay otra cosa, lo siento en er arma Ya lo sabe usté.

DOMINGO. Bebo gloria en tu sonrisa bebo fuego en tu mirada, bebo besos en tus labios, bebo sá en tus palabra, bebo pimienta en tu cuerpo, bebo miele en tu cara, bebo grasia en tus andare... de to, bebo, menos agua.

DOLORES. Si bebe usté gloria, si bebe usté fuego, si bebe usté miele, si bebe usté beso, si bebe usté grasia, si bebe pimienta, si bebe usté sá, no hase farta agua; se queja de visio. ¿Qué quiere usté má?

DOMINGO. Es que una cosa é bebé fuego, pimienta y sarmuera, ó agua fresca cuando hay sé

DOLORES. ¡Ay, señor, que pesadé! Pa que me deje tranquila voy á darle de bebé.

VISTO Y LEÍDO

POR LOS LIBROS

Julio Nombela Campos fué una excepción valiosísima en la generalidad del literaturismo hereditario. Crean algunos cabaleros que el genio, ó simplemente el talento, puede usarse lo mismo que el apellido, y valiéndose de la nombradía del padre intentan ser escritores ó actores sin otro mérito que el de que el buen señor escribiera ó representara antes de engendrarlos á ellos.

Un mostrador, un chaqué de Negociado 6.º, aun la cama de matrimonio pueden transmitirse de una generación á otra; porque para robar, para holgazanear y para... lo otro todos estamos mejor ó peor constituidos; pero el arte es algo tan íntimo é idiosincrásico que no admite el traspaso y la herencia.

Sin embargo, hay excepciones, y una de ellas fué Julio Nombela Campos, catedrático de la Universidad de Salamanca y autor de la obra *'arra*, que acaba de publicar su padre, D. Julio, un viejecito simpático y cultísimo que desde su hotel de la calle Velázquez sigue atentamente todo cuanto se relacione con la literatura.



Julio Nombela Campos era un hombre estudioso y reconcentrado. Rayando cuarentena tenía unas barbas imponentes á lo Guerra Junqueiro, y la vetusta ciudad de los antiguos sabios—oh, misera tradición muerta á manos de Unamuno—le agrisó el espíritu con el amor á los libros, al retiro erudito y especulativo.

Esta vida tan puramente intelectual—el título de una interesante revista que fundó y dirigió durante 14 ó 15 números fué simbólico: *Vida Intelectual*—, le mató. El amor á los libros es amor de muerte. El exclusivismo de un órgano acarrea la atrofia de los demás. El predominio del cerebro envenena la fuente de la vida.

Más claro, y cortando el tono sentencioso que sin querer iba tomando: para vivir sano y fuerte, cuanto menos se ejercite el cerebro, mejor. Hay muy altos ejemplos contemporáneos de ello.

Larra (Figaro), la obra póstuma de Nombela, forma parte de la *Colección de autores célebres* que empezara *Espronceda*, de Cortón, y continuó *Goethe*, de Fimery; es un libro sereno y bien documentado, donde la inquieta juventud de Mariano Larra surge en todo su amargo escepticismo y en toda su turbulencia pintoresca.

Leyendo las páginas de *Larra* he pensado que quizá debe existir, para plenitud de éxito y de claridad histórica, cierta disparidad de temperamentos entre biógrafo y biografiado.

Nombela, por ejemplo, es como uno de esos viejos robles centenarios que permanecen inmóviles y seculares á la vera de un camino, por donde pasa en vértigo la locura, y en huracán la guerra, y en fiebre el amor.

Otro que no él, acostumbrado á domar el corazón con la sensatez y aplomo de la ciencia, hubiera sentido más de una vez la desbordada inquietud de Figaro.

Era preciso el equilibrado juicio y la catedrática cordura de Nombela para no dejarse arrastrar del simpático desquiciamiento de Larra.

No se crea, sin embargo, que por esto la nueva obra adolece de seriedad y moralismo de *parti-pris*. Todo lo contrario.

El artista que languidecía en el fondo del alma de Julio Nombela y Campos—ahí, en *Vida Intelectual*, junto á las admirables traducciones de dos dramas portugueses llenos de musculatura y de hondo psicologismo (*Palacio de Veiros*, de Julio Dantas, y *Los viejos*, de Juan de Cámara), figuran infinidad de artículos de estética—, envolviendo la vida accidentada y turbulenta de Larra, ha conseguido darle interés de novela.

Figaro, autor dramático; *Figaro*, crítico literario; *Figaro*, novelista; *Figaro*, periodista político; *Figaro*, humano, demasiado humano, está en esas páginas de una ternura é impasibilidad de retina.

Y cerrado el libro, acribillado de alfilerazos de aticismo, de palpitaciones de amargura, el cerebro, se admira más aún á aquel mozo de veintiocho años, que en una tarde del Febrero de 1837 le dió un puntapié á la miserable vida, inservible y sucia como una mujer que no conoce el secreto de hacerse siempre deseable.

POR LOS TEATROS

Martínez Sierra ha triunfado en el teatro Lara con una comedia titulada *La sombra del padre*.

Para mí se trata de un doble triunfo: como autor dramático y como estilista.

Martínez Sierra llevaba cerca de tres años por los escenarios sin soltar los andadores de la colaboración ó del socorrido procedimiento de las traducciones.

Así—aquí me caigo allí me levanto—, unas veces prestando la musical sonoridad de su prosa al teatro de Rusiñol, espigando otras en el franco vodevil francés, hundiéndose alguna en la franca sicalipsis, ya empezaba á murmurarse que en él las indudables condiciones de autor dramático quedarían siempre reducidas á la insignificancia de glosador ó de monaguillo que *ameniza* los latines del cura.

Por fortuna, para los que bien le queremos, *La sombra del padre* es una obra original y además de innegables condiciones teatrales.

En cuanto al segundo triunfo, el del estilismo, también se manifiesta bien claro y consolador en *La sombra del padre*.

Martínez Sierra era demasiado dulzón, demasiado relamido, había en él más amor al cromo que al agua fuerte; era, en fin, una víctima de cierta exquisitez femenina que los muy amigos suyos sabíamos disfrutarnos de su temperamento, más de señorito madrileño que de poetita de *turris eburnea*. Y en *La sombra del padre* no hay nada de cromo, ni de dulzonería, ni de empalagosa pudibundez respecto del asunto y las palabras.

Al contrario: el segundo acto—á mi juicio el mejor de la obra—tiene dos escenas violentas y humanas, clavadas, como diría Salvador Rueda, á zarpazos.

Por ahí, por esos carriles de violencia, de crudeza, de atrevido verismo, va encauzado el teatro moderno, y, afortunadamente, Martínez Sierra ha sabido comprenderlo á tiempo.

Además, *La sombra del padre* es algo independiente y nuevo en el teatro español contemporáneo; no suena á Galdós, no suena á Benavente, no tiene una sola evocación quinteriana ó linearesiviesca. Que no es poco, señores míos.

Tal vez el público de Lara encuentre un poco áspera la nueva comedia en alguno de sus momentos. Pero no importa. En esos momentos precisamente es donde yo he visto un gran dramaturgo.

La sombra del padre es obra de actor. De aquí su peligro en las próximas excursiones provincianas. Ninguno de sus futuros intérpretes podrá amoldarse de tan perfecto, de

tan humano modo a la figura de don José, como Simó Raso.

Ya en otra ocasión lo he dicho. Simó Raso es un actor admirabilísi-

nerse con una pujanza y una renovadora labor de novedad y de sanidad.

¿Cómo no hemos, pues, de agra-



SIMÓ RASO

mo. Tiene una certera visual estética y una inagotable y retentiva fuerza observadora.

En cada personaje que interpreta pierde su voz, sus gestos, sus ademanes, para adoptar el que juzga propio y exclusivo de ese personaje. Ante la colección de sus retratos se piensa en un desfile de multitud.

Ni uno sólo recuerda remotamente al otro. Y siempre sobrio, honrado, sin abdicar de su sinceridad, ni buscar el aplauso con el latiguillo ó el amaneramiento que algunos imbeciles atribuyen como personalidad á otros imbeciles.

En *La sombra del padre* luchaba con no pocos peligros. Labor de fú námbulo ha tenido que hacer para no resbalar á la vulgaridad y á la exageración sentimental. Pero su firme instinto artístico le hizo triunfar una vez más.

POR EL ARTE

Federico Beltrán es un notable artista cubano que expone varios cuadros en su estudio de la calle de Orfila.

Realmente, desde hace unos cuantos años se cumple en España una invasión de americanismo agudo. Esto, que tal vez desmienta el final optimista de *Por las nubes*, nos trae en cambio otro nuevo optimismo.

A través de siglos la preponderancia, la fuerza mundial, ha estado equitativamente repartida. Antes Africa y Asia, después Europa, ahora América, es la que parece im-

Los cuadros de Beltrán, reducidos en número, tienen una gran importancia de psicologismo pictórico.

Beltrán es muy moderno, es lo suficiente culto, tiene tal conciencia de su sensibilidad estética, que se le puede perdonar no sea un gran pintor.

Practica una pintura literaria. Sus cuadros tienen más plasticidad psicológica que puramente lineal ó colorista, hasta tal punto, que lo menos interesante de la exposición son los retratos de las señoras Melgarejo y Calzado y del nunca bien ponderado Melchor de Palau.

Así, la mayoría de las obras reflejan paisajes y tipos montañosos. Beltrán ha pasado largo tiempo en los Picos de Europa, y aquella Naturaleza grandiosa, como aquella humanidad miserable, quedó hecha luz y color en los lienzos del pintor cubano.

En el *san'uario del Brezo*—de un torurado misticismo primitivo—, *Joselín del amor*, *Un cruzado*, *La tía Micaluca*—admirable síntesis de todo un pueblo rapaz y sórdido—, *Al rosario*—entibiado de suave paz aldeanega— reflejan y prolongan el ambiente miserable de los montañeses.

Pero el autor, fatigado sin duda de la vida miserable, del crudo naturalismo que dolorió sus pinceles en esas obras grandes, sintió—acaso en el *Rincón de alivio* donde las agas fragorosas abrazan en blancura y en humo de cristal las rocas—la necesidad de escapar, de olvidar un poco.

Y entonces nacieron unas tablitas menudas y aladas, donde toco es quimera y polvo luminoso, y vaguedad de ensueño: *Nuevas Espérides*, *Olimpia*, *Estilo Whisler*, *Wals loco*, *Mascarnes*...

Porque Federico Beltrán ha conocido la suprema ciencia de soportar la vida entornando á veces los párpados y buscándose el espíritu...

José FRANCÉS

Dibujos de Robledano.

Libros recibidos.

A B C.—Fantasía cómica—frica d: gran espectáculo, en un acto, dividido en cuatro cuadros, en verso y prosa, original de Guillermo Perri y Miguel de Palacios, música del maestro Gerónimo Giménez.

Larra (Figaro) por Julio Nombela y Campos.—Colección de autores célebres.

Reconquista (novela), Federico Gamboa.—Méjico.

Ninon (poesías), Alberto Valero Martín.—Pueyo, editor.

Hogares humildes (poesías), J. García Vela.—Pueyo, editor.

Prematura vejez (novela), Mariano Figueras.

Academia Heráldica (tomo IV).



JOSELÍN DEL AMOR*, POR F. BELTRAN

EL CENTENARIO DE FIGARO



El eminente autor dramático D. Luis Mariano de Larra
único hijo, varón, de Figaro.



El joven revistero de toros Carlos Larra (Curro Meloja),
único biznieto de Figaro, por línea directa de varón
(hijo de Luis de Larra).



El notable actor Mariano de Larra, mayor de los nietos
de Figaro, por línea de varón.



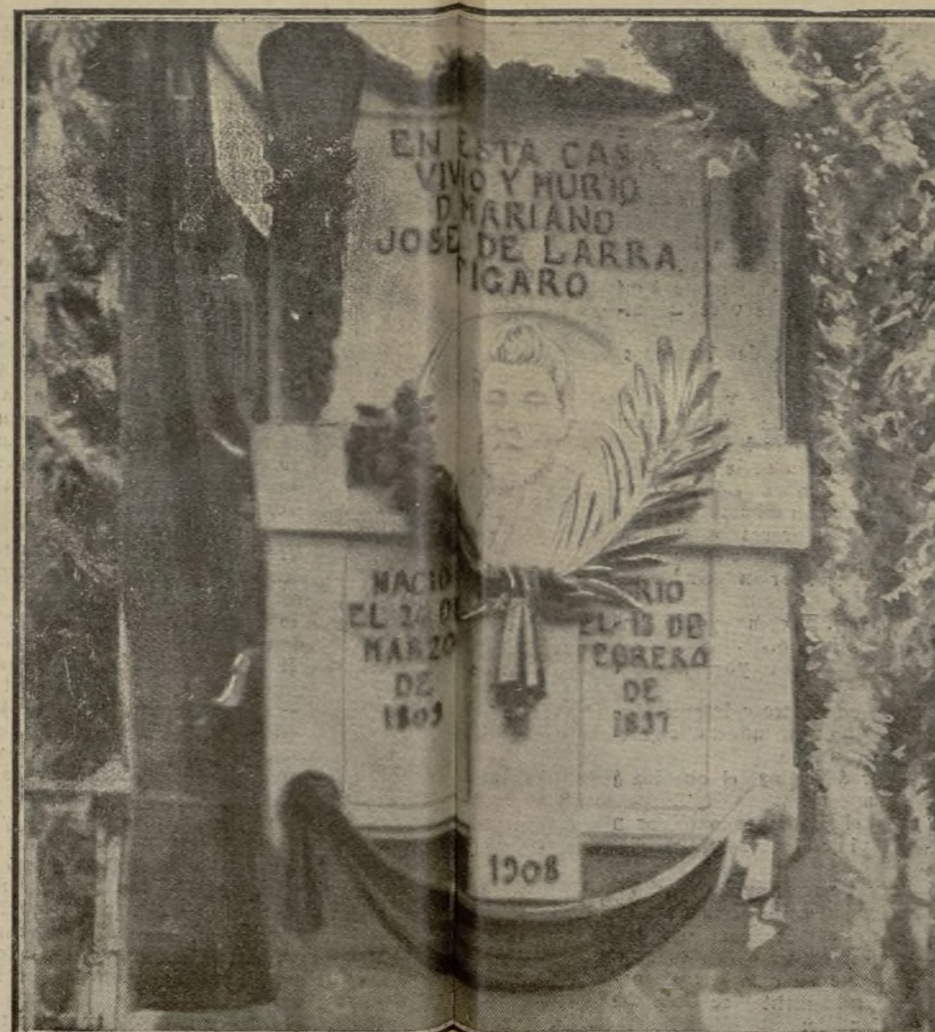
El conocido autor cómico Luis de Larra, nieto menor de
Figaro, por línea de varón.



MARIANO JOSÉ
DE LARRA



El Sr. De Blas (alcalde interino) en el momento de descubrir la lápida.
(Fotografías Alfonso.)



Lápida colocada en la casa de la calle de Santa Clara,
donde vivió y murió Figaro.



El Sr. Francos Rodríguez, director de «Heraldo de Madrid» pronunciando un discurso
en representación de la Prensa.

La vida de Chapí.—Notas íntimas.

Recientes homenajes, vinieron á reverdecir los laureles del eminente Chapí.

Con tal motivo acuden á mi memoria algunos de los datos biográficos que de él me facilitara, no hace mucho tiempo, cierto conocido libretista, colaborador suyo y amigo mío.

—Nació — me dijo — en Villena, donde su padre, barbero de oficio, tenía una peluquería de las más modestas.

Los ratos que la tarea del afeitado y descabellamiento le dejaba libres, el émulo de Figaro los aprovechaba para dar las primeras lecciones de solfeo á su hijo, cuando éste tenía cuatro años.

Al cumplir los nueve, hizo su debut como compositor, escribiendo una fantasía para la banda municipal de Villena.

Dos años después, con las incorrecciones é inexperiencias propias del caso, puso música á *La Estrella del bosque*, zarzuela escrita por un joven de la localidad.

En vista de la extraordinaria afición y felices disposiciones que para el divino arte revelaba, su pobre padre, á costa de grandes sacrificios, porque la situación angustiosa de la familia no permitía costearle la carrera, logró reunir algunos recursos, con los cuales vino Chapí á la Corte, ingresando en el Conservatorio, cuando tenía once años.

Numerosas y amargas fueron las vicisitudes porque tuvo que pasar para atender al sostenimiento de sus estudios, viéndose precisado muchos días á tocar en las *murgas*, y muchas noches, á buscar *multido lecho* en los bancos del Prado.

E tuvo también de cornetín en teatros de segundo y tercer orden, cobrando sueldos mezquinos, y eso, cuando le pagaban.

Su primer maestro *formal*, puede decirse, fué D. Emilio Arrieta, por quien siempre ha sentido verdadera veneración.

Tras el inevitable y doloroso *calvario*, estrenó en Madrid su primera obra, titulada *Abel y Cain*, original, el libro, de D. Salvador María Granes, que viene á ser una especie de Noel literario.

Por aquella fecha (1872) anuncióse que iba á haber oposiciones para cubrir la vacante de músico mayor en el tercer regimiento de artillería.

Chapí presentóse á ellas, y no obstante ser el más joven de todos los opositores, se llevó la plaza, merced á sus brillantes ejercicios, que dejaron memoria en el tribunal.

A partir de aquí, la vida del gran músico adquirió otra fase un poco menos triste y algo más halagadora.

Cubiertas las primeras necesidades, Chapí pudo dedicarse al trabajo de composición, armonía, etcétera, etc., y al estudio de los grandes maestros, como Beethoven y Wagner, que son sus ídolos, dando á conocer en esta época la célebre *Fantasia morisca*, base de su reputación.

A los veinticuatro meses de ocupar el susodicho cargo lo tuvo que abandonar para ir pensionado á Roma, con motivo del éxito alcanzado por su ópera *Las Naves de Cortés*, en el teatro Real, donde también estrenó, durante su ausencia, *La hija de Jefe*.

Vuelto á España, se dedicó de lleno á la zarzuela grande, muy decaída en aquellos tiempos por la invasión del género *bufo*, consiguiendo su nombre celebridad extraordinaria en 1882 con *La tempestad*, cuya obra lleva producidas á sus autores más de 200.000 pesetas.

Después siguieron: *La bruja*, en 1887, y *El rey que rabió*, en 1891, siendo innumerables los éxitos obtenidos desde entonces acá, entre los que pueden citarse *La leyenda del monje*, *Las campanadas*, *El tambor de granaderos*, *La zarzuela*, etcétera, etc.

Ha escrito más de ciento diez partituras, de las cuales son en tres actos, la cuarta parte; infinidad de piezas de concierto, como *Los gnomos de la Alhambra*, alguna música religiosa y multitud de juguetes.

No era Chapí de los compositores que menos han ganado con sus obras.

El rey que rabió, le llevaba dadas



CHAPÍ EN SU DESPACHO



UN ALMUERZO EN CASA DE CHAPÍ

(Fotografías Alfonso.)

unas 93.000 pesetas; *La bruja*, unas 66.000, y *Música clásica*, más de 40.000; siendo de todas ellas, *La revoltosa*, la que mayor rendimiento le proporcionó durante el primer año, pues ascendió á la suma de 14.000 pesetas.

De la firmeza del carácter de Chapí es prueba elocuente su negativa á aquel editor que, habiendo conseguido de los maestros el derecho exclusivo para la reproducción de materiales de orquesta, llegó á hacerle proposiciones tentadoras, las cuales no quiso aceptar nunca; negativa que le costó muchos miles de duros; pues sus obras, como no estaban en los archivos, no podían representarse.

De haber transigido, quizá hoy no existiera la Sociedad de Autores.

—¿Sabes alguna anécdota suya?

—Hombre, sí. Precisamente recuerdo ahora una, y te la voy á contar. No es de gran transcendencia; pero puede que te resulte curiosa.

Reciente el estreno de *La bruja*, que fué en Madrid un verdadero acontecimiento, Chapí tuvo necesidad de hacer un viaje á su pueblo natal.

Tomó el tren en la estación del Mediodía, y no había hecho más que meterse en el vagón, cuando su bieron, al mismo departamento que él ocupaba, dos caballeros.

Era uno, un señor como de unos cuarenta años, y el otro, un muchacho joven, estudiante, según supo después.

Como es corriente entre compañeros de viaje, á los saludos de ritual, sucedieron las interrogaciones consabidas.

—¿Dónde va usted? ¿Va muy lejos?

—A Valencia—contestó el señor formal—. ¿Y usted?

—Yo, á Alicante—dijo el joven.

Enseguida se enredaron de conversación, y ésta, después de girar sobre varios puntos, vino á recaer en el éxito de *La bruja*, que era el tema del día.

Chapí, sin decir quién era ni darse por aludido, terció también en el debate, dando su correspondiente opinión, como un particular cualquiera.

Sus dos interlocutores elogiaban sin reservas la partitura de la obra.

Como es consiguiente, al poco rato principiaron á tararear algunas frases de la partitura; pero de modo tan distinto uno de otro, que rara vez llegaban á ponerse de acuerdo.

—Pollo—decía acalorado el de los cuarenta—; eso no es así.

—Pues, ¿cómo es?

—Así—y cantaba la misma frase que el estudiante cantaba; mas de tal manera que no parecía la misma.

—¡Quíá, hombre!—replicaba entonces el otro, subiéndole de tono—. Es como yo lo canto.

—¡Le digo á usted que no!

—Yo le digo á usted que sí.

—¡Querrá usted enseñarme á mí que la he visto doce veces seguidas...

—Y yo he visto todas las representaciones.

—¿Eso qué tiene que ver?

Chapí, que seguía oculto en el anonimato, viendo que iban á acabar por pegarse, medió en la discusión, y para sacar á ambos de dudas, cantó, con perfección absoluta, como es natural, las frases discutidas. Pero éstos obsesionados en su idea, tampoco estuvieron conformes con él.

—No, señor. Es como yo lo canto—exclamaba uno.

—Es como lo canto yo—añadía el otro.

Y firme en sus trece, interpretándolo cada uno á su manera, siguieron todo el camino.

Al llegar á Encina, el que iba á Valencia, apeóse.

Chapí y el estudiante continuaron juntos el viaje sin cesar en la disputa.

Y una vez que estuvieron en Villena, calculen ustedes cuál no sería el asombro del chico, cuando, al hacerse los ofrecimientos de costumbre, oyó que su compañero, sonriendo burlonamente, se despedía de él, diciéndole:

—Ruperto Chapí... para lo que guste mandar.

Adolfo Sánchez Carrere.

LA MUERTE DEL MAESTRO



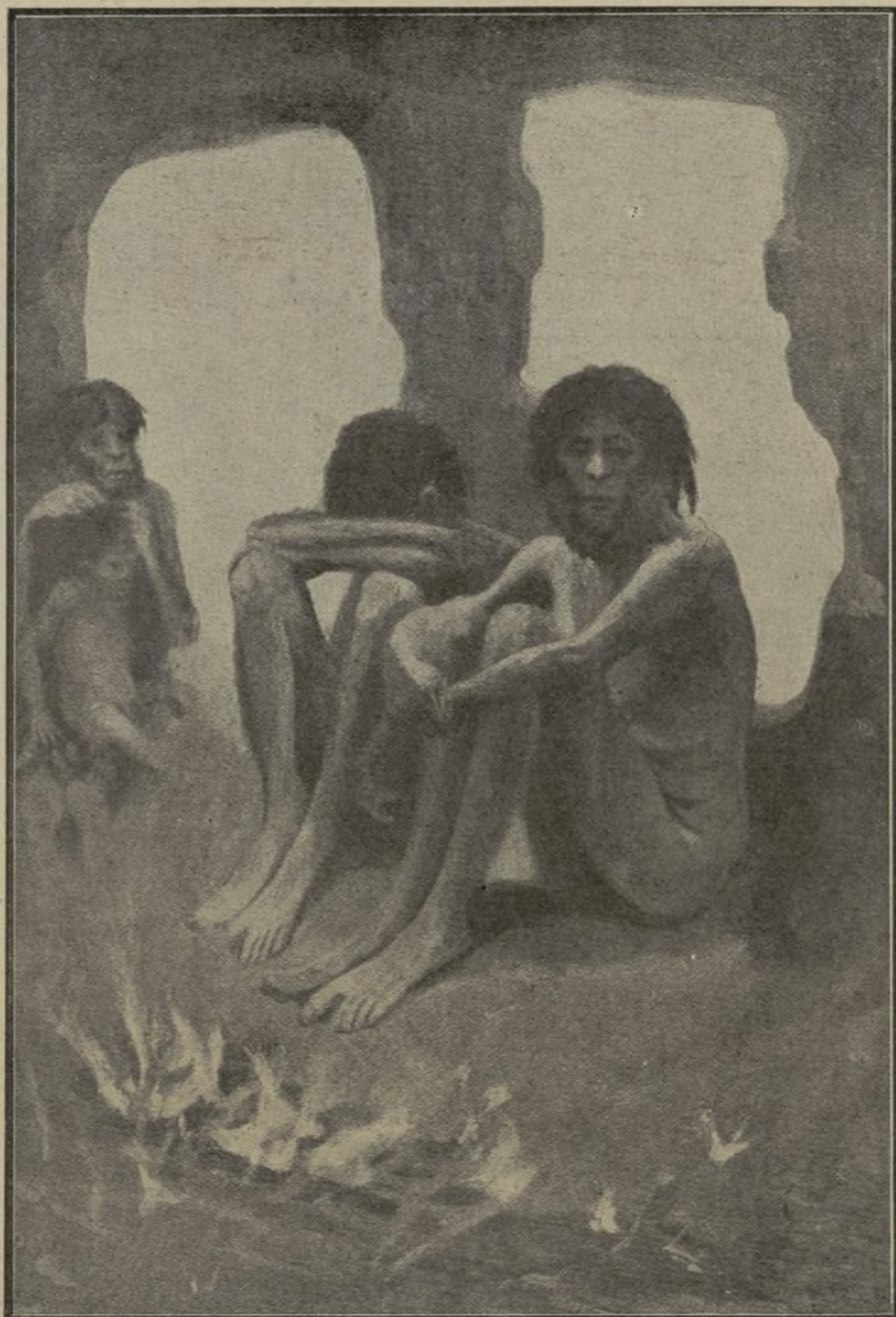
Ayuntamiento de Madrid

LA HUMANIDAD DE AYER



El hombre primitivo.

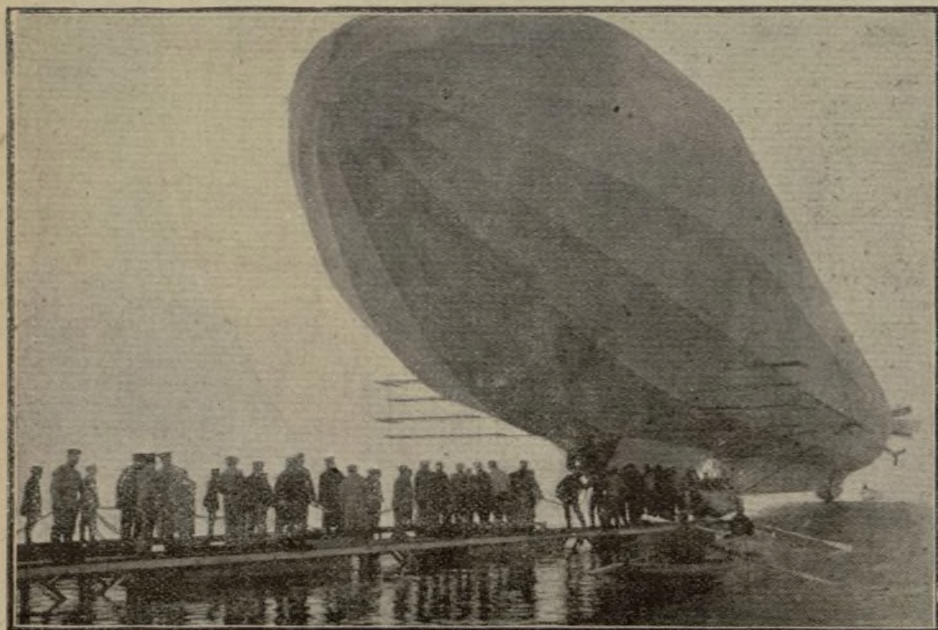
¿Apareció el hombre sobre la tierra en los comienzos del período cuaternario o? ¿A fines del terciario? Este es el problema que discuten hoy los sabios. El profesor de la Universidad de Jena, Ernesto Haeckel, ha proporcionado los datos necesarios para reconstruir la figura del hombre y la mujer primitivos, según aparecen en nuestros dibujos. El transformismo nos ense-



La mujer primitiva

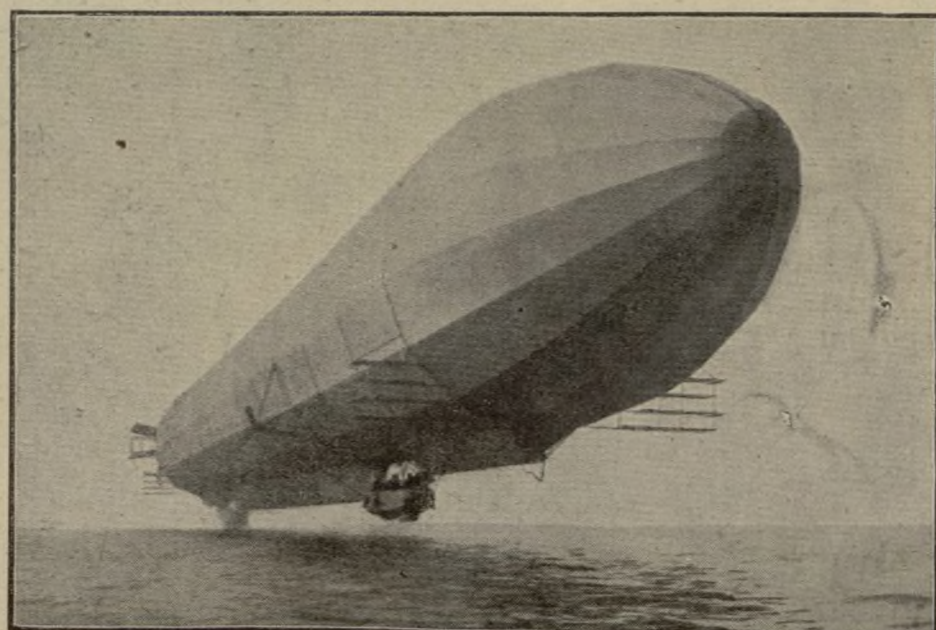
ña que las especies animales, cada día más perfectas, nacen unas de otras, y al perfeccionarse y adaptarse a las condiciones generales del país donde han de vivir, no lo hacen en forma continua, sino a saltos, y a veces desapareciendo por completo algunos eslabones de esta complicada cadena. (Dibujo y composición de M. Orazi.)

LA HUMANIDAD DE HOY



La conquista del aire es el último triunfo de la humanidad.

Si es en nuestros días muy difícil fijar el momento de la aparición del hombre sobre la tierra, no lo será seguramente tanto para los que vengan detrás de nosotros, señalar el momento en que lleguemos a la conquista definitiva y total del aire. Datos no han de faltarles, y a ello contribuimos todos de buen grado. Ahí está el dirigible Zeppelin haciendo ejercicios militares.



Tripulado por ingenieros del ejército alemán, bajo las órdenes del Mayor de Sperling, ha verificado sus pruebas elevándose a 1.720 metros de altura. Las fotografías que publicamos, tomadas el 13 del actual, representan al globo sobre el lago Constanz, y el descendimiento del mismo en Friesridishafen. (Continúa en la página Delfus.)

EL MUERTO RESUCITADO

AVENTURAS EXTRAORDINARIAS DE UN ANARQUISTA RUSO



III

El licor encerrado en la botella era kirsch—una bebida que me hace muy poca gracia—. Probé una vez, y no quise beber más; á pesar de esto, un intenso sopor se apoderó inmediatamente de mis sentidos y caí en un profundo sueño. ¿Cuánto tiempo dormí? Lo ignoro. Lo único que podré decir es que, al despertarme, sobresaltado por los tumbos del carruajo, la noche huía, ya el horizonte principiaba á teñirse de ese tinte pálido que precede á la aurora.

—¿En dónde estoy?—me pregunté con un súbito sentimiento de desconfianza.

En efecto; el paisaje que se desplegaba ante mi vista me parecía demasiado familiar. Uno después de otro, principié á reconocer un macizo de árboles, una colina, una granja, puntos todos ellos en los que ya me había fijado durante mi caminata de la víspera.

—¡Ah!—exclamé al convencerme de que la verdad se me revelaba de pronto.

Era contra su propio padre contra el que la hermosa Mina excitaba mi desconfianza en la posada. Era él, él y no otro, el espía á sueldo de la tercera sección; él, que había que rido dormirme con su kirsch para llevarme más allá de la frontera antes de que yo me apercibiese de nada y entregarme á la Policía. De un momento á otro íbamos á franquear la línea fronteriza, de modo que únicamente una acción muy rápida podía salvarme aún.

Abandoné mi asiento, é inclinándome hacia adelante, cogí á mi hombre por el cuello con la mano izquierda, mientras que con la derecha le sacaba el revólver de su bolsillo del costado y apoyaba el cañón en su cabeza.

—¡Canalla!—le grité—. ¡Para el caballo al instante ó te mato! Instintivamente obedeció.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? ¿Qué he hecho yo?—balbuceó, débilmente, parando el caballo.

No queriendo llevar más adelante la violencia, recobré instantáneamente mi calma habitual.

—Os habéis equivocado de camino—e dije—. Volved por donde hemos venido y tratad de encontrarlo. Mucho cuidado, porque vuestro revólver pudiera muy bien dispararse á la menor provocación. Ante todo, tened muy presente que no vais á la frontera rusa, sino á la más próxima estación del ferrocarril alemán.

El posadero se sometió sin hablar palabra.

Había mucho que andar y por mal camino; pero, sin embargo, lo recorrimos hasta el final.

A medio día, el caballo, casi muerto de cansancio, entró con tardo paso en una aldehuela. Salté á tierra y pagué á mi conductor.

—Recoged eso—le dije desdenosamente arrojándole al rostro algunas monedas—. Así se paga á gente como vos. Y ahora, marchaos y decid á vuestros compañeros de qué manera habéis conducido á la estación del ferrocarril á Juan Antonio Kosnapulski.

Lleno de miedo huyó. Yo hubiera podido denunciarlo al jefe de la estación y á los vecinos del pueblo, que deben experimentar una muy mediana simpatía por los espías rusos; pero preferí tomar mi billete y dirigirme, acto seguido, hacia el lugar que había de servirme de refugio.

¿Pensáis que trataba de ocultarme por cobardía? Nada de eso; pero después de la experiencia que acababa de adquirir, respecto al padre, á la maldad vengativa, á la falta de escrúpulos y á la formidable orga-

nización de aquel enemigo que por todas partes me perseguía, yo no hacía otra cosa sino obrar con la debida prudencia.

—Yo no retrocedo—me dije á mí mismo—sino para saltar mejor. Tengo la idea de una nueva bomba, y voy á trabajar en la favorable soledad de un bosque de pinos.

IV

No perdí mi tiempo, y caminé, sin cesar, noche y día, hasta llegar á los lugares que se elevan sobre las colinas, que dominan Montreux y que se miran, como en un espejo, en las aguas del lago Lemán.

Aquellas aldeas, Chailly, Saint-Légier y las demás que allí se agupan, son, puedo decirlo, el refugio habitual de los rusos que quieren ocultarse. Allí viven ignorados. Las orillas del lago de Gimbra me parecían, y lo son efectivamente, una especie de Alsacia, en donde la tercera sección no puede apoderarse de sus víctimas.

Mi chalet estaba sobre una altura, en un lugar solitario, en el lindero de un gran bosque de pinos. Me había acostumbrado á madrugar mucho y á pasear, errante, por las praderas. Por encima de mi morada dominaban las sombrías crestas de las rocas de Naye; por debajo se extendía la cristalina superficie del lago. Enfrente, las negras montañas de Saboya, y allá, en la lejanía, la blanca cima del Velan. Esta vista y los variados matices con que el oño-

teñía los vívidos, despertaban ese profundo sentimiento poético que en mí duerme; así es que, no sin una especie de curiosidad, me decía:

—Vamos, ya es tiempo de que me ocupe de mi bomba.

No estaba absolutamente solo, porque venía al chalet una anciana, la viuda de un leñador, que me traía la comida. Además, de vez en cuando, encontraba algunos turistas de los hoteles de Montreux, con los que enredaba conversación. Yo era para ellos un misterio, pues me llamaban el ermitaño de Saint-Légier. Esto no obstante, algunas veces me invitaban á refrescar en los cafés, y yo aceptaba con tanto más gusto cuanto que mis recursos iban disminuyendo. En ocasiones, cuando el vino blanco corría de largo, yo les contaba episodios de mi vida de revolucionario, como lo hago ahora con vosotros.

—¿No sabéis quién soy? Voy á decíroslo. Pero, ¿qué vais á pensar cuando sepáis que me encuentro aquí para escapar á las pesquisas de la Policía secreta de Rusia? Sin embargo, esta es la verdad. Yo soy nada menos que Juan Antonio Kosnapulski.

Y he referido mi aventura en las calles de Varsovia y otras historias que os he dicho ó que os diré. Esta era mi manera de pagar la hospitalidad y los obsequios de aquellas gentes.

Un día, el más memorable de todos, trabé conocimiento con una dama. Permittedme que entre en algunos detalles. Era hacia la parte de Blonay, á alguna distancia de mi retiro temporal. La dama era esbelta, elegante, y llevaba una blusa blanca con un traje de color oscuro y un sombrero canotier. Tenía el cabello rubio dorado, y unos ojos azules, admirables. Cuando la encontré miraba ansiosamente á su alrededor, como si se hallara indecisa sobre el camino que debía seguir.

Esta mujer—me dije—me impresionaba agradablemente, y á falta de más serias ocupaciones, he aquí una aventura para distraerme.

Y dirigiéndome á la joven, exclamé:

—Parece que habéis perdido vuestro camino. Si me lo permitís, tendré mucho gusto en guiaros.

Por su indumentaria y por su manera de andar, yo la había tomado por una inglesa; pero su respuesta me dió á conocer que era americana.

—Es demasiada amabilidad por vuestra parte—contestó sencillamente.

—¿Dónde vais?

—Abajo, á Territet; Gran Hotel de los Alpes.

—Estamos algo lejos del camino. ¿Me permitís acompañaros?

—Un gentleman no puede menos de hacerlo—replicó, sonriendo.

Y juntos emprendimos la marcha.

He de confesaros que, no por vanidad precisamente, sino por otra clase de sentimiento, encontré medio de decirle que yo era un revolucionario. Esta cualidad, como la de soldado, y, en general, toda la que distingue á aquellos que se juegan fácilmente la vida, interesa á las mujeres.

—Yo—dijo ella—me llamo Daisy van Bean, soy la hija del rey de los ferrocarriles, y en este momento vivo con mi padre en Territet. Pero ya hace rato que paseáis conmigo y aún no me habéis dicho vuestro nombre.

Había llegado el momento de dar un gran golpe y de fascinar su imaginación, así es que le dije:

—Hermosa Daisy, vais á sorprenderos. Yo soy Juan Antonio Kosna-



pulski, el revolucionario, el refugiado, el inventor.

—¿El inventor? ¿Qué habéis inventado?

—Acabo justamente de inventar una nueva bomba.

Ella batió las manos.

—¡Oh! ¡Es muy interesante! Habladme de ese invento.

Yo vacilaba, y á vosotros os hubiera sucedido otro tanto; pues no es prudente divulgar tales secretos. Pero, ¿quién es el inventor al que no le gusta hablar de sus trabajos? Así es que contesté:

—Encantadora Daisy, se trata de una bomba, de la que, con alguna razón, estoy orgulloso.

Su principal ingrediente es el fulminato de mercurio. Hará un terrible estruendo, pero no puede causar grandes destrozos. Parecís admirada de lo que digo, y os voy á dar una explicación: ¿Cuál es el objeto de una bomba? Aterrorizar. ¿Qué es lo que puede aterrorizar con más eficacia? El ruido. Por el ruido, más que por cualquier otro medio, podemos espantar al Gobierno y obligarlo á que oiga nuestras quejas.

Daisy no parecía indignada, como les hubiese ocurrido á muchas mujeres en su lugar, sino únicamente curiosa.

—Justamente tenía deseo de ver una de esas bombas.

—Pero, hermosa Daisy, si llegáis á ver una de esas máquinas, nunca creeréis que es una bomba. El mérito de ésta consiste en que se la puede tomar por cualquiera otra cosa, por ejemplo: una cajita de cigarrillos, un álbum de fotografías, una bolsa.

—Oh, qué hábil es eso!

—Si os dignáis aceptar—añadí yo—la hospitalidad bajo el humilde techo de un célibe.

Era una joven completamente emancipada. Esos prejuicios, habituales á la sociedad europea y aun á gran parte de la americana, no rezaban con ella.

—¡Iré—dijo—. Y si me encuentro de humor, apareceré por allí á la misma hora que hoy.

Nos despedimos. ¡Ay, si yo hubiera sabido!... Pero no anticipemos.

A. Sánchez Ramón.

(Continuad.)





¿Se acuerdan ustedes de todos aquellos grandes proyectos de abolición de la mendicidad en las calles y prohibición de la limosna individual con que hubo de inaugurarse, el

aquel improvisar asilos con la misma facilidad que los círculos de recreo levantan sus tribunas en Carnavales, aquel constituir juntas benéficas como quien organiza comi-



—Caballero, apiádeseme de mí que tengo cuarenta grados de calentura y no me quieren recibir en ningún hospital.

—Una medicina por Dios á este pobre tífico que se muere á chorros! En esto ha venido á quedar aquel jaujesco anuncio de *No más pobres*, prólogo de sus desatentadas gestiones gubernativas.

cómico, sin duda para que resalte con lo trágico del resto de la obra ministerial y pueda ser ésta calificada de *melodrama gubernativo*.

El último decreto reglamentando los cafés cantantes es prueba de ello.

Cuando ya nadie sabía ni que existían porque los dejaron dando las boqueas el género sicalítico y los cines, sale el bueno de don Juan acordándose de que todavía hay quienes dan jipíos en el mundo y quienes los escuchan, y contra ellos endereza sus disposiciones.

¿Puede haber epílogo más gracioso?

Un ministro de la Gobernación que tiene la epidemia en las calles, la crisis jornalera en los campos y la crisis ministerial detrás de la oreja, preocupándose de si media docena de *cantaoras* de flamenco que quedan ya en España se toman unas cañas con la otra media docena de chulos existentes de desecho de tiente y cerrado del género chico.

Por lo visto, don Juan se acordó de que cuando él era joven estos cafés cantantes constituían otros tantos focos de corrupción para las clases escolares, sin tener en cuenta que aquellos tiempos ya pasaron y que nuestra juventud, en vez de peinarse *pá lante*, se deja las melenas.

Lejos de lamentar la orden gubernativa los dueños de estos arcaicos establecimientos, ya apenas concurridos por unos cuantos fanáticos de la falseta, deben haberla agradecido como un reclamo oficial que puede excitar la curiosidad de

las gentes y hacer renacer la afición perdida.

Tendría gracia que al título de *propagandista del tifus*, con que ya se conocía á La Cierva, pudiera añadir el de *restaurador del canto jondo*.

Ya estoy viendo á las Macarronas, á P. pa la Curra, á Trini la del lunar, al Mochuelo y al Niño de Caba, llevándole al Ministerio de la Gobernación una guitarra de honor y unas castañuelas, y hasta un título de *cantaor* honorario como protector del género flamenco.

Eso si no le regalan un juego de mantones de Manila para que cuelgue los balcones de su departamento oficial los días de gala.

Acordarse del *zapateo* días antes del discurso de Sol y Ortega, es un fenómeno de telepatía profética.

Preocuparse del *jaleo* es presentir la manifestación pública de protesta que se estará celebrando cuando leáis esta crónica.

La obra de don Juan es un verdadero *sandwich* de dislates entre las lamentaciones de los mendigos y los jipíos de los *cantaors*.

Es el *hombre sandwich* de la política; puede llevar á la espalda un anuncio del café de Naranjeros y delante otro de la Funeraria, como los llamados *hombres-sandwich* por las empresas anunciadoras.

Ha resucitado dos epidemias á cual peores: el tifus y el flamenco. Todo un programa político.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.
(Dibujos de TOVAR.)



Sr. La Cierva, sus gestiones administrativas, que á juzgar por la muestra prometían ser dignas de estatua y panegirico y hasta, si me apuran, de toda, y han acabado siendo acreedoras de caricatura, *couplet* y tante tieso?

Los periódicos los acogieron en sus columnas alborozados y echaron á vuelo las campanas del regocijo, y dispararon los chupinazos del elogio.

NO MÁS POBRES, era la divisa del flamante ministro, y el público, bo-nachón y crédulo, la aceptó como el mejor de los programas políticos, aun cuando su misterioso instinto le advertía que más tenía trazas de reclamo de farmacopea de cuarta plana y le traía á la memoria el de *No más tisis*, *La calvicie ha muerto*, *Se acabó la sordera* y otros no menos célebres.

Ya los comienzos fueron para escamar al más cándido ó optimista; aquella cacérra de mendigos á mano armada por las calles de Madrid como quien caza leones en el desierto

tés electorales de distrito, no podían parar en nada bueno.

Todo aquel hacinamiento de la miseria trajo como resultado el tifus, que de la noche á la mañana trocó en hospitales los asilos, que inmediatamente tuvieron que ser evacuados.

Es decir, que en resumidas cuentas, lo que ha hecho el Sr. La Cierva ha sido una «conversión de la miseria» que, así como las conversiones de la Deuda siempre agravan la situación del Tesoro, ha agravado el problema de la mendicidad pública, porque ahora no son mendigos, sino presuntos tíficos los que ruedan por las calles.

Todos los días hay alguno que va de la ceca á la meca paseando su calentura infecciosa, lo cual es más grave que pasear imperfecciones físicas ó sufrimientos morales.

Ha hecho los tíficos y nos los presenta en libertad por las calles. Llegaremos á oír estas ó parecidas lamentaciones, mientras nos tienden una mano crispada y trémula;

Ahora está preparando el epílogo, que ~~afortunadamente~~ promete ser



Ayuntamiento de Madrid

El Congreso de poetas.

El lunes último y en una reunión celebrada en la Secretaría del Ateneo, quedó designada la Comisión que ha de practicar los trabajos preparatorios, á fin de que el Congreso de la Poesía, que se anuncia en Valencia, revista la mayor importancia, tanto por la elevación de sus miras, cuanto por que á él asistirán gran número de ilustres poetas provenzales, de América y españoles.

En la expresada reunión del Ateneo se estudiaron los temas, fines y alcance que puede tener la Asamblea, considerando su celebración de gran transcendencia.

La asistencia de muy ilustres personalidades de las letras y la Comisión que se formó, compuesta de los Sres. Vicenti, Francos Rodríguez, Nervo, Herrero, Martínez Sierra, Zayas y Machado, á quienes acompañará Mariano Miguel del Val, iniciador del hermosísimo pensamiento, son garantías del acierto con que se ultimarán los trabajos, empezados por la Junta con gran entusiasmo.

Nuestras novelas cortas.

La brillante serie de "novelas cortas" que ha inaugurado LA SEMANA ILUSTRADA, merece coleccionarse por nuestros lectores.

Estas interesantísimas é inéditas narraciones están llamadas á alcanzar cada día mayor éxito. Así es que conviene solicitar sin demora de nuestra Administración los números atrasados que falten.

Hasta ahora van publicadas las siguientes novelas, que pueden adquirirse, con sus números respectivos, al precio corriente de diez céntimos:

- 1.—La hija de Dios, por José Romcamora.
- 2.—El amor y el mar, por Rafael López de Haro.
- 3.—El primer olvido, por Gustavo Vivero.
- 4.—Los perseguidos, por Parmeno.
- 5.—La vida rota, por José Francés.
- 6.—El monte de las Angustias, por Juan Pérez Zúñiga.
- 7.—Escarmetados, por la Condesa de Pardo Bazán.
- 8.—La Vampiresa, por Emiliano Ramírez Angel.
- 9.—Los venteros de Daimiel (tradición), por Pedro de Répide.
- 10.—Boda de almas, por Jacinto Octavio Picón.
- 11.—La garza real, historia de un "país" de abanico, por Enrique López Alarcón.

Seguirán "Novelas cortas" por Joaquín Dicenta, Jacinto Benavente, Antonio Sotomayor, Benito Pérez Galdós, Eugenio Sellés, José Ortega Munilla, Azorín, José Francos Rodríguez, Ruben Darío, Manuel Linares Rivas, Luis de Tapia, Manuel Bueno, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Luis López Ballesteros, Ramón del Valle Inclán, Carlos Fernández Saw, Felipe Trigo, Pompeyo Gener, Alfredo Vicenti, Armando Palacio Valdés, Luis Morote, Antonio Zozaya, Gabriel Miró, Felipe Pérez y González, Vicente Blasco Ibáñez, Luis Belle, Antonio Corton, Francisco Aceba, Manuel Machado, etc., etc.

La "Novela corta" vale por sí sola más de los diez céntimos á que se expende LA SEMANA ILUSTRADA.

¿A qué edad se casan más mujeres?

De veinte á veinticinco años encuentran marido el 36 por 100.

De veinticinco á treinta, el 32.
De treinta y cinco á cuarenta, el 18.

Después, la escala desciende de un modo que á nadie debe sorprender. Véanse cifras.

De cuarenta á cincuenta, el 5 por 100.

De cincuenta á sesenta, el 1.
Pasada esta edad, se acabaron los datos. La estadística no quiere penetrar en el campo de la chifladura.

"CABALLERO EN SU CABALLO".--Historieta muda.



(RIONS)

Lecturas sensacionales.

LA SEMANA ILUSTRADA es el periódico para todos; procura sintetizar en sus páginas las aficiones de una gran masa de lectores, y no desperdicia medios ni procedimientos artísticos para atraer la simpatía y la atención de un público muy extenso. Con tal propósito inauguró en el número anterior una nueva sección, titulada

Lecturas sensacionales.

En ella se publicarán trabajos originales, que han de alcanzar inmensa popularidad y resonancia. La primera de estas narraciones, debida á la brillante pluma del redactor de El Imparcial, A. Sánchez Ramón, es:

EL MUERTO RESUCITADO

Aventuras extraordinarias de un anarquista ruso.

En el relato emocionante que hallarán nuestros favorecedores en éste y en sucesivos números de LA SEMANA ILUSTRADA, no se sabe qué admirar más, si la gallardía del estilo ó el interés cada vez más creciente de los episodios. Podemos calificar, sin temor á equivocarnos, de novela maestra y modelo en su género á

EL MUERTO RESUCITADO

Aventuras extraordinarias de un anarquista ruso.

Un gran concurso de "bebés."

LA SEMANA ILUSTRADA sigue experimentando extraordinarias reformas que darán á su texto y grabados variedad é interés cada vez mayores.

Una de las mejoras que desde luego ofrece, es la organización de Concursos curiosísimos y amenos, que tendrán además el aliciente de premios y valiosos regalos.

Nuestro primer Concurso de esta serie, es el de "bebés" que inauguramos en el número 96 publicando una bella plana con fotografías numeradas para la votación.

No se admiten votos hasta que terminemos la publicación de todos los retratos que se reciban. Se desecharán las fotografías que no sean realmente bellas y artísticas.

Los originales fotográficos de "bebés" para este Concurso deberán enviarse: al director de LA SEMANA ILUSTRADA, Colegiata, 7, casa del Heraldo, Madrid.

En números sucesivos se dará cuenta de los premios y de las condiciones á que se ha de ajustar la votación; así como también contaremos á cuantas dudas se ofrezcan á nuestros lectores.

El color del mar.

Azul, dicen unos; rojo, aseguran otros; verde, afirman los demás. Todos tienen razón; porque si el mar tiene generalmente un color azulado obscuro, según su profundidad, la refracción del cielo y otras causas locales, aparece de un tono verdoso, en el Adriático; azul indigo, en el Pacífico; rojo, en los mares de Levante; azul pálido, en Océano Antártico... y de todos los colores en la imaginación de los poetas.

Colecciones artísticas de LA SEMANA ILUSTRADA

JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO

CUADROS PUBLICADOS

Serie Velázquez.

- 1.—Los borrachos.
- 2.—La fragua de Vulcano.
- 3.—Mercurio y Argos.
- 4.—La rendición de Breda.
- 5.—Las Meninas.
- 6.—La coronación de la Virgen.
- 7.—San Antonio y San Pablo.
- 8.—El bobo de Coria.

Serie Murillo.

- 1.—La adoración de los pastores.
- 2.—La virgen del Rosario.
- 3.—La Purísima Concepción.

Serie Ribera.

- 1.—Un santo ermitaño en oración.

REGLAS Método infalible para toda clase de retrasos. Cheque de 11 francos ó vales internacionales. Farmacia: Burót, 17, Nantes (Francia).

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—En el número próximo:

EL SACRIFICIO

por Antonio Sotomayor y dibujos de Agustín.

Una novela corta, completa é inédita, en todos los números.

LOS GRANDES EXITOS

Al terminarse la publicación del sainete lírico

Aquí hase farta un hombre,

por Jorge y José de la Cueva y música del maestro Chapi, comenzaremos á insertar en nuestro folletón encuadernado é ilustrado, el libro íntegro de la aplaudidísima zarzuela de Antonio Viérgol y el maestro Calleja,

LAS BRIBONAS

Todos los que se suscriban durante la semana enfrente á

La Semana Ilustrada

recibirán gratis los números anteriores, con el principio de nuestro folletón encuadernable

AQUÍ HASE FARTA UN HOMBRE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Dos reales al mes en toda España.

Lecturas sensacionales

Cuando terminemos la publicación de la novela

EL MUERTO RESUCITADO,

aventuras extraordinarias de un anarquista ruso, por A. Sánchez Ramón, redactor de «El Imparcial», empezaremos á insertar en la misma forma de folletín, y dentro de la interesante sección de «Lecturas sensacionales»,

EL RETRATO DEL AJUSTICIADO,

por Alejandro Pérez Lugín, redactor de «El Mundo».



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD»

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL HERALDO DE MADRID. CALLE DE LA COLEGIATA. NÚM. 7.

Ayuntamiento de Madrid